

En seguida regresé á casa de mi huésped, precedido del genízaro y seguido de José, el cual habia olvidado ya completamente su humillacion. De paso ví algunas ruinas, que me parecieron antiguas, y entonces dispartí de la especie de distraccion en que me habian puesto las últimas escenas con los dos oficiales turcos, el dragoman y el bajá, y me acordé ya únicamente que me hallaba en los campos de los tejeos; yo no era mas que un francés con traje corto y gran sombrero, y salia de la audiencia de un tártaro con ropa talar y turbante, y esto en medio de la Grecia.

¡Eheu, fugaces labuntur anni!

Mr. Barbié du Bocage clama, con razon, contra la inexactitud de nuestros mapas de la Morea, donde con frecuencia dejan de indicar la capital de la provincia. Este descuido procede sin duda de que el gobierno turco ha cambiado en esta parte de la Grecia. En otro tiempo residia en Coron un gobernador turco; pero convertida la Morea en un bajalato, el bajá ha fijado su residencia en Tripolizza, como el punto mas céntrico de la provincia. En cuanto á las ventajas de la situacion, he advertido que los turcos miran con indiferencia él que sea ó no hermoso el país que habitan. En esta parte no conservan la delicadeza de los árabes, á quienes siempre encanta la belleza del cielo y del país, y he aquí por qué lloran todavía la pérdida de Granada.

Sin embargo, Tripolizza, á pesar de su oscuridad, no ha dejado de ser conocida hasta Mr. Pouqueville, que la llama *Tripolitza*, Pellegrin *Trepolezza*, d'Anville *Trapolizza*, y Mr. de Choiseul *Tripolizza*, cuya ortografía han seguido despues otros viajeros. Observa d'Anville que no es Tri-

polizza la antigua Mantinea; porque es al parecer una ciudad moderna edificada entre Mantinea, Tejea y Orchomena.

Por la tarde se me presentó un tártaro con el firman de posta y el permiso para pasar el istmo. Estableciéndose sobre los restos de Constantinopla, los turcos han conservado positivamente muchos usos de los pueblos conquistados. El establecimiento de postas en Turquía es poco mas ó menos que el que habian fijado los emperadores romanos: no se pagan los caballos; se regula únicamente el peso del equipaje, y en todas partes hay obligacion de proveer de alimento al viajero. Empero yo no quise usar de estos privilegios magníficos, aunque odiosos, y satisface el transporte y la comida, como un simple viajero sin proteccion y sin firman.

Como Tripolizza es una ciudad enteramente moderna, salí el dia 15 para Esparta, donde deseaba llegar. Para esto me fué preciso volver por el mismo camino por donde vine, lo que no hubiera sucedido si desde luego hubiera visitado la Laconia, pasando por Calamata. Saliendo de Tripolizza, y á una legua hácia el Poniente, nos detuvimos á ver algunas ruinas, y eran las de un convento griego demolido por los albaneses en el tiempo de la guerra de los rusos; pero en sus paredes se advertian aún trozos de excelente arquitectura, y piedras llenas de inscripciones incrustadas en los muros. Estuve largo rato viendo si podria leer una de las inscripciones colocada á la izquierda de la puerta principal de la iglesia. Las letras eran del buen tiempo y la inscripcion me pareció escrita en boustrophedon,<sup>1</sup> lo cual indicaba su remota antigüedad. Los caracteres se ha-

<sup>1</sup> Modo de escribir alternativamente de derecha á izquierda y de izquierda á derecha. (Ed. E.)

llaban invertidos por la colocacion de la piedra, la que por una parte se encontraba llena de grietas, y demasiado alta. De toda la inscripcion solo pude leer la palabra (*Tegeates*), y al descifrarla espermenté tanto placer, como si hubiera sido individuo de la academia de Incripciones. Segun esto, Tejea debia estar en las cercanías del convento. En aquellos mismos campos se hallan muchas medallas, de las cuales compré tres á un aldeano, que me las vendió muy caras, y no me dieron luz alguna. Los griegos solo viendo muchos viajeros han conocido el valor de sus antigüedades.

No debo pasar en silencio la casualidad de haber encontrado recorriendo aquellos escombros otra inscripcion mucho mas moderna, y era el nombre de monsieur Fauvel escrito con lápiz en una pared. Es preciso haber sido viajero para saber hasta qué punto produce una inmensa sensacion un nombre que recuerda la patria, encontrado inopinadamente en un país apartado y desconocido.

Continuamos nuestro camino entre Norte y Poniente, y habiendo marchado tres horas por un terreno medio cultivado, entramos en un desierto que termina en el valle de la Laconia. Servíanos de camino una rambla que se extendia entre dos montes estériles, y costeamos un laberinto de montañas poco prominentes, parecidas unas á otras, estériles en sus cimas, y cubiertas en sus costados de una especie de carrascas enanas, cuyas hojas se parecen á las del alcornoque. A orillas de la rambla y en el centro de aquellas colinas, encontramos un kan á la sombra de dos plátanos, y al lado de una fuentecilla. Dejamos allí descansar nuestros caballos, pues llevaban ya casi diez horas de marcha. No encontramos para comer mas que leche de cabras y algunas almendras: movímonos de nuevo antes de ponerse el sol, y á las once de la noche llegamos á lo mas

estrecho de un valle, y á la orilla de un torrente que llevaba un poco de agua.

El camino que seguíamos no atravesaba lugar alguno que tuviera celebridad; todo lo mas habria servido para dar paso á las tropas de Esparta cuando se dirigian á batirse con las de Tejea en las primeras guerras de Lacedemonia. En este camino únicamente se hallaba un templo de Júpiter-Scotitas, hácia el pasaje de los Hermés, y todas estas montañas forman en su conjunto diferentes ramales del Parnon, el Cronio y el Olimpo.

El dia 16 al amanecer ensillamos los caballos: el genízaro hizo su oracion, lavándose los codos, la barba y las manos; se volvió hácia el Oriente como para llamar la luz, y en seguida partimos. A medida que nos acercábamos á la Laconia, parecian mas elevados los montes y mas espesa la arboleda; los valles eran mas angostos y corvados, y algunos, aunque no sea esacta la comparacion, me recordaron la situacion de la gran Cartuja y sus magníficos bosques. A mediodía descubrimos un kan tan miserable como el anterior, no obstante que le decoraba la bandera otomana. En un espacio de veinte y dos leguas, estas eran las dos únicas habitaciones que habíamos encontrado; pero el cansancio y el hambre nos obligaron á detenernos en tan miserable albergue mas tiempo del que hubiéramos querido. El dueño de aquel kan era un viejo turco, cuyo rostro ostentaba su mal génio; estaba sentado en un camaranchon que habia encima de la cuadra, y á donde subian las cabras á hacerle compañía, rodeándole de inmundicias. El nos recibió desde su chiribitil, y no se dignó levantarse para dar de comer á los perros cristianos, sino que con una voz terrible llamó á un muchacho griego que estaba encueros, y tenia el cuerpo hinchado de la fiebre y de los la-

tigazos que le daba su amo, el cual nos trajo en un cacharro leche de ovejas, y aun para beberla hube de salir, pues las cabras y cabritillos me perseguían para cogerme un pedazo de bizcocho que tenía en la mano. Yo había comido en compañía de los salvajes el oso y el perro sagrados; después participé del festín de los beduinos; pero nada he podido comparar en hediondez con este primer kan de la Laconia. Y sin embargo, casi en aquellos mismos parajes pastaron los ganados de Menelao, el cual dió un convite á Telémaco. "Todos se apresuraban en el palacio del rey; los criados traían las víctimas y los vinos esquisitos, y sus mujeres, ceñidas las frentes con albas cintas, preparaban el banquete."<sup>1</sup>

A las tres de la tarde salimos del kan, y á las cinco llegamos á la cumbre de unos montes, desde donde vimos al frente el Taijetes, que ya habíamos descubierto desde el lado opuesto, y á sus faldas á Misitra y el valle de la Laconia.

Bajamos por una especie de escalera abierta á pico en la misma roca, semejante á la del monte Bóreas. Descubrimos un puente de solo un arco, muy bien construido y apoyado en sus extremos en dos colinas, entre las cuales se desliza un riachuelo. Llegados á la orilla, le vadeamos por entre grandes cañaverales y adelfas cubiertas de flores. Este río, que pasaba yo sin conocerlo, era nada menos que el Eurotas. Estendíase delante de nosotros un valle tortuoso, que circuía muchas montañuelas, que parecían montes artificiales ó túmulos. A la caída de la tarde llegamos á Misitra.

Mr. Vial me había dado una carta de recomendación pa-

<sup>1</sup> Odissea, lib. IV.

ra uno de los principales turcos de Misitra, llamado *Ibrahim-bey*. Nos apeamos en el patio de su casa, y sus esclavos me llevaron á la sala de los extranjeros ó de los huéspedes, la cual estaba también llena de musulmanes, viajeros como yo. Me coloqué entre ellos sobre el diván, y á su ejemplo coloqué mis armas en la pared encima de mi almohada, y lo mismo hicieron José y mi genízaro. Ninguno me preguntó quién era, ni de dónde venía; siguieron fumando, durmiendo ó charlando, sin mirarme siquiera.

En esto entró Ibrahim y le presenté la carta de Mr. Vial. Ibrahim, anciano que frisaba en los sesenta años, tenía una fisonomía franca, dulce y amable. Apenas me vió, se dirigió á mí, me dió la mano, me besó, y se esforzó en pronunciar la palabra *bien* medio en francés, medio en italiano, y en seguida se sentó á mi lado. Habló en griego á José, y me suplicó le escusase si no me recibía como hubiera deseado, porque tenía un hijo gravemente enfermo: *un figliuolo*, repetía en italiano, y este recuerdo le trastornaba la cabeza, *mi fa tornar la testa*, y estrujaba con las manos el turbante. Seguramente no era la ternura paternal en toda la pureza lo que yo iba á buscar en Esparta; pero encontraba á un viejo tártaro ostentando una amable sensibilidad sobre la tumba de aquellas madres, que decían á sus hijos, al poner en sus manos el escudo, *con él ó sobre él*.

Ibrahim se retiró algunos instantes después para ir á cuidar de su hijo; pero dispuso que me trajesen la pipa y el café, porque había pasado la hora de cenar; pero como hacia veinticuatro horas que no habíamos comido, José sacó de su zurrón un salchichon, y comenzó á comer con delirio, escondiéndose de los turcos, y ofreciendo de vez en

cuando al genízaro, que apartaba la vista con sentimiento y horror.

Yo tambien tomé mi resolucion, y me acosté en un rincón del divan, y desde allí por una ventana veia la luna derramar su blanda luz sobre el valle de la Laconia. Apoyado sobre el codo recorria con la vista el cielo, el valle y las cúspides, ya sombrías, ya brillantes del Taigetes, segun las ondulaciones de la luna entre las nubes. Podia apenas persuadirme que respiraba las brisas de la patria de Elena y de Menelao. Dejábame llevar de aquellas reflexiones que todos pueden hacer, y yo en especial, sobre las vicisitudes de los hombres. ¡Cuántos lugares habian visto mi sueño, ya turbulento, ya tranquilo! ¡Cuántas veces á la luz de aquellos mismos astros en los bosques de América, en los caminos de Alemania, en los matorrales de Inglaterra y en los campos de Italia, me habia entregado á las mismas reflexiones sobre la agitacion de la vida humana!

De ellas vino á sacarme un turco, que parecia hombre de importancia, haciéndome ver de un modo todavía mas sensible la distancia que me separaba de mi país. Se habia acostado á mis piés sobre el divan, y no hacia mas que revolcarse, sentarse, suspirar, llamar y despedir á sus esclavos, aguardando impaciente que llegase el dia. Amaneció por fin el 17 de Agosto; y el tártaro, rodeado de sus criados, unos de rodillas, otros de pié, se quitó el turbante, se miró en un pedazo de espejo, se peinó la barba, rizó sus bigotes, se frotó los carrillos para sacarse el color, y partió despues arrastrando majestuosamente sus babuchas, y echándome una mirada de desprecio.

Poco despues entró mi huésped trayendo á su hijo en los brazos: aquella pobre criatura estaba muy enferma, amarilla y en cueros; y toda llena de amuletos y especies

de sartas de rosario colgadas al cuello. El padre le colocó sobre mis rodillas, y me fué preciso oír toda la historia de la enfermedad: el niño habia tomado toda la quina de la Morea; habíanle sangrado (y esto habia producido el mal positivamente); su madre le habia aplicado un turbante que habia tocado el sepulcro de un santón; pero nada aprovecharon estos remedios, y concluyó pidiéndome alguno. Acordéme entonces que en mi infancia me habian curado una calentura con la centaurea menor; y aconsejé el uso de esta planta, ni mas ni menos que lo hubiera hecho un grave facultativo. Pero ¿cuál era esa yerba centaurea? Aquí hubo de perorar José. Yo dije que la centaurea habia sido descubierta y conocida por un médico llamado *Chiron*, que corria los montes á caballo. Un griego declaró que habia conocido á Chiron, que era de Calamata, y que regularmente montaba un caballo blanco. Estando en esta consulta, entró un turco, cuyo turbante verde me dió á entender que era un gefe de la ley. Acercóse á nosotros, tomó entre sus manos la cabeza del niño, y recitó devotamente una oracion: tal es el carácter de la piedad, que se hace interesante y respetable aun entre las religiones mas funestas.

Mandé despues de esto al genízaro para que me buscara caballos y un guia que me acompañase á visitar Amiclea, en seguida las ruinas de Esparta, donde creia encontrarme ya: mientras esperaba su regreso, Ibrahim me hizo servir una comida á lo turco. Yo permanecí recostado en el divan colocaron delante una mesa sumamente baja, y un esclavo me dió aguamanos; en seguida me presentaron en un plato de madera un pollo hecho trozos en arroz, y hube de comer con los dedos. Despues del pollo me sirvieron una especie de guisado de carnero en una cacerola de cobre, y luego higos, aceitunas, uvas y queso, al cual, segun Gui-

llet,<sup>1</sup> debe hoy Misitra su nombre. Concluido cada plato, un esclavo volvía á darme aguamanos, mientras otro me presentaba la servilleta, de una tela gruesa, pero muy blanca. Por cortesía rehusé beber vino; y despues del café me dieron jabon para limpiar los bigotes.

Durante la comida el gefe de la ley me dirigió varias preguntas, valiéndose de José, y quiso saber por qué viajaba, no siendo comerciante ni médico. Yo respondí que viajaba por ver muchos pueblos, y en particular los griegos, que ya no existian. Esto le hizo reir; y me contestó que debia haber aprendido el turco, puesto que me habia determinado á visitar la turquía. Al oír esto creí que podia darle otra razon de mas peso, tal vez diciéndole que iba en peregrinacion á Jerusalem. “¡Hadgi! ¡hadgi!”<sup>2</sup> exclamó él, y quedó satisfecho. La religion es una especie de lengua universal que todos los hombres entienden. Aquel turco no podia llegar á comprender que dejase mi patria por una simple curiosidad; pero halló muy natural que yo siguiese tan largo viaje para ir á orar sobre un sepulcro, y pedir á Dios algun bien ó el alivio de alguna calamidad. Ibrahim, que al presentarme el niño me habia preguntado si tenia hijos, creyó que iba á Jerusalem para obtener esta gracia. He observado tambien á los salvajes del Nuevo Mundo mostrarse indiferentes á mis costumbres extranjeras, y únicamente les he visto contemplar con atencion, lo mismo que los turcos, mis armas y mi religion, esto es, las dos cosas que protejen al hombre en sus relaciones con el alma y el cuerpo.

<sup>1</sup> Mr. Scrofani ha admitido esta opinion. Si Esparta debió su nombre á los espartos que produce su territorio, y no de Esparto, hijo de Amyeto, ó de Esparta, mujer de Lacedemon, tambien Misitra pudo recibir el suyo de un queso.

<sup>2</sup> ¡Peregrino! ¡peregrino!

